



TRAS LAS HUELLAS DEL PASADO

Cuando miro atrás recuerdo los días que pasé en la casa de campo de “el valle de los Riscos” que me llevaron a compartir con otras personas mis vacaciones veraniegas y donde me introduje en parajes y relaciones de insuperable bienestar. Desfila delante de mí, mi primera llegada a la finca,

cómo de niño me hice joven y, por último, cómo el trascurso del tiempo me convirtió en un hombre. Qué más se puede pedir.

He asumido que lo ganado o perdido rueda en infinitas ocasiones como si nos lo hubiésemos jugado al azar, donde una simple apuesta nos da la fortuna o nos priva de ella.

Me confieso integrante de semejante balanceo. Al menos concibo mi periodo vital como una sucesión de acontecimientos sin que ningún rayo me haya pulverizado, sólo he sufrido vaivenes que en mayor o menor medida me han acompañado en mi travesía.

Por encuadrarme en esa existencia de dudosa tranquilidad, hay determinados momentos en mi contra, pero he sabido rehacerme y convencerme de que las oportunidades perdidas no acaban con la vida de uno aunque lo destripen por dentro.

No he padecido avatares personales desagradables. Sin embargo, sería un error ocuparme de la totalidad de mi andarina existencia, y no recrearme especialmente en las juguetonas mañanas, los hermosos atardeceres, los paseos románticos y las jugosas ventajas que me aportaron en mi infancia y juventud mi estancia en “el valle de los Riscos”, en cuya casa de campo por invitación de su dueño me alojaba anualmente durante la estación calurosa.

Había sido Joaquín el último miembro de la familia con el que había mantenido una conversación hacía más de veinte años, después de casi aproximadamente treinta de no verlo, por lo que se pueden imaginar la edad que me separa de aquella primitiva época que evoco.

Veintitantos años pasados del presente, me acerqué a la localidad y me propuse visitar la finca de “los Riscos” para saludar a quien estuviese allí.

Me informaron en la bodega vinícola que Joaquín Robledo estaba en la casa de campo. Por cuyo motivo hacia la finca me dirigí por un camino semejante a la de esos treinta años en el recuerdo, terrizo, polvoriento, ubicado entre vergeles que inundaban el valle, con una cuesta de inclinación poco empinada y que culminaba en una planicie de bellísimo valle enclavado entre zonas montañosas, donde se alzaba la casa rodeada por un muro de escasa altura que no impedía que se metiera quien quisiera, y cuya custodia estaba garantizada por la falta de rapaces del género humano, en un tiempo en el que todavía no se hablaba de irrupción en las viviendas con violencia a las personas. Se habitaba sin miedo a imprevistas apariciones que atemorizaran. Los supuestos eran muy escasos y siempre los saqueadores daban con sus huesos en la cárcel.

Me abrí paso por la verja de entrada y pregunté a una mujer de edad que ejercía de guardiana si podía hablar con Joaquín Robledo. Por el tono de confianza que pronuncié y la utilización del nombre y apellido me contestó que sí, indicándome el pasillo hacia el jardín.

El escenario me pareció amplio y atractivo, idéntico al que disfruté cuando era joven imberbe. Penetré por el ala lateral de la casa donde se

conservaba aún la parra enredada en la pérgola, y de cuyas ramas los racimos de uva colgaban incitando a desgajarlos como en los inicios que recuerdo. La alberca alargada estaba situada en el lado derecho y permanecía como la usábamos en nuestras nadadas y buceos, llena de agua, pero con su trampolín descascarillado por los años transcurridos.

Anduve la distancia que me separaba de Joaquín. Se ubicaba sentado en el cenador con sus cuatro puntos demarcados por esculturas de terracota un tanto inclinadas, a las que reconocí sin vacilación por mis días de ensueño y de evocación en una memoria sujeta a consideraciones imposibles de borrar.

No tenía impregnada en mi recuerdo la puerta trasera por el lado del jardín, pero cuando la vi se me elevó el alma al cielo al imaginar las veces que la había atravesado. Y tuve constancia en aquel instante de cómo era la casa en su interior.

En presencia de Joaquín, me salió una sonrisa improvisada, y le pregunté, “¿Qué tal, cómo estás?”. Desorientado porque un niño se transforma mucho en treinta años y sus facciones no son las mismas de entonces, argumento que no era válido para él porque me remonto a una lejanía en la que cabalgaba Joaquín por los veintidós años mientras yo gateaba por los doce en mi primer verano en la finca, me respondió, “¿quién eres?”. Cómplice de su ignorancia, seguí inquietándole con mi silencio, y para alimentar todavía más su deseo por saber quién era el desconocido que se había colado sin avisar, añadí, “soy Javier Tena, amigo de Ángel, tu hermano, y mis vacaciones las pasaba aquí, en “los Riscos”. Se alzó con una exclamación de “¡ah!”, y me estrechó entre sus brazos con un apretón que dejó huella en mi pecho y demostración de una alegría que me inundó de satisfacción.

Desmenuzamos el intervalo entre el ayer y el hoy, y nos quedamos preguntándonos sobre lo que hacíamos y sobre nuestras familias, cuyos padres y algunos parientes habían fallecido. Después de tres cuartos de hora, cuando la tarde declinaba entre charla risueña y mocedades recreativas, me invitó a cenar, lo que rehusé porque el retorno a mi ciudad requería emprender el viaje. No sin antes, cuando queremos justificar lo que probablemente no va a ocurrir, nos emplazamos para otro día de cualquier otro mes, que por supuesto nunca se produjo, patentizando la filosófica frase de que no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Enterré en mi memoria la historia recobrada de aquellos días inigualables por la hospitalidad con que me albergaron en la casa de campo del valle. No quería que se desvaneciera la luz que alumbró mi niñez y mi juventud.

En mis actuales sesenta y cinco años, se me antojaba volver a “los Riscos”, reconstruir las peripecias de los remotos hechos que me sucedieron, y revivir el encanto de un amor suave y dulce que ardía todavía dentro de mí, y por el que mi corazón ha palpitado acelerado desde que era un rapazuelo.

Mi quimera hizo enlatarlo en mi interior, a la espera de que la nostalgia lo reactivase.

Para remover aquellas jornadas felices, me he enfundado mi abrigo en este invierno de frío desorbitado y le he comunicado a mi esposa que iba a la finca de “el valle de los Riscos” a recorrer las sendas de mis sueños de pequeño, después de recibir la comunicación telefónica de que Joaquín, el varón mayor de los hijos de Don Arturo Robledo y con el que mantuve aquella charla en el jardín veinte años antes, había fallecido.

El terrizo camino de antes estaba asfaltado. La calzada irreconocible por novedosa, lo que me obligó a asesorarme por varios transeúntes de cómo se llegaba a “los Riscos”.

Lo que por aquellos días hundidos en mi memoria me sonaba que ese nombre era la exclusiva denominación de la finca, desde entonces se prestaba a identificarse como “el valle de los Riscos” a una zona extensa llena de huertas que el pueblo entero conocía, incluso habiendo transcurrido más de cincuenta años, aunque eran los antiguos del lugar los que reconocían con exactitud la finca de los Robledo.

Los aledaños al camino también habían dejado de ser un descampado polvoriento en sus dos prolongados metros a ambos lados de la carretera pavimentada. En la superficie del valle ya no quedaban las huertas de árboles frutales con sus casas de campo, así como aquel horizonte con los brezos en flor, las plantas de los helechos, y las malezas y los abrojos que se posaban entre la linde del valle y la ladera de la montaña lisa y escarpada. Con la modernidad también las viñas y trigales se habían convertidos en suelo acotado por las construcciones.

Dos kilómetros separaban la casa de campo de “los Riscos” del pueblo, y había decidido emplear mi esfuerzo en andar el trecho como lo hice de chiquillo, cuya subida siempre era cansina, y ahora con mis piernas amoratadas y varices encendidas se convertiría en un calvario. Pero mi espíritu por deambular por los lugares mozos me dotaba de ilusión y empuje para emprender la caminata, aunque no imaginé las decorativas construcciones que alteraban el valle ni el tener que apoyarme por agotamiento. Agradecí a unos bares de la carretera que me sirvieran de cobijo y descanso, mientras por el camino me retrotraía a mi juventud.

Mi mujer me había metido en el bolsillo del abrigo la medalla del mérito al valor con la que me había condecorado el pleno municipal de mi pueblo, por un acto que me convirtió en héroe delante de mis conciudadanos, cuando en un momento de valentía del que nunca fui adicto, saqué de entre las llamas de su habitación a un niño sin saberse todavía como empezó el incendio, al mismo tiempo que la madre moría en el intento por salvarlo. Yo escapé indemne como los espontáneos inconscientes que actúan sin prever hacia donde se inclina la providencia. Me moví con irracionalidad, sin

atender a que penetrando en aquella tea encendida las probabilidades de fenecer eran tan claras como carbonizarse en cualquier bombardeo actual.

Se me ha recubierto de honores y distinciones por organizaciones e instituciones de las que huyo porque me fastidian al revestirse de una aureola de engañoso envoltorio para ponerse a bien con la audiencia; y así se respeta al valentón que no sólo fue más allá de su deber sino que salvó una vida humana. Mi experiencia me dice que hay tufillo a festejo de barraca de feria. Luego la ciudadanía olvida, y mi subconsciente me reprocha qué mérito hice para ser tan vitoreado, cuando en la vida me he mantenido siempre retraído e insignificante.

Mi mujer sintió el homenaje como propio. Era el único reconocimiento que relucía en mi vida; y teniendo en cuenta que tantas personas mueren con lo puesto, consideraba la medalla el aliciente que me encumbraba sobre los demás mortales y, por extensión, a mayor gloria de mi esposa, si nos atenemos al manido refrán de que “detrás de cada gran hombre hay una gran mujer”.

Para enmendar actualmente el refrán, puede tener hoy la correlación inversa y mucho de anticuado. Pero mi mujer está chapada a la antigua y, aun manteniéndose feminista y trabajadora, necesita un hombre que la proteja.

Nada más cruzar el puente del arroyo que me conduciría a “los Riscos”, y frente a la leve pero prolongada cuesta, mi mente voló, y me aislé de carreteras señalizadas, de urbanizaciones edificadas en su borde, de coches que circulaban con el ruido ensordecedor de los tubos de escape de los motores, y del lugar por donde me internaba, para trasladarme a otra época de imborrables sucesos, acunados por los susurros de los torrentes de agua que se deslizaban por la sierra hasta el valle y que se desdoblaban en arroyos y regueros que inundaban las huertas y surtían las fuentes de las casas con continua caída de agua potable, y me transporté igualmente con emoción a otras personas recuperadas de mis recuerdos.